

Artículos no temáticos

Transformaciones de la posición del analista en el *setting*: no estamos más en un solo lugar, ¿hasta dónde podremos llegar?*

Myrna Pia Favilli

Parto del clima de penumbra evocado por la no saturación del título, que nos interroga acerca de un lugar ambiguo. ¿Qué es lo que nos propone? Considero que sólo puedo pensarlo desde el lugar donde estoy. El lugar que ocupo es el de un analista viviendo una historia analítica dentro de un *setting*. Hubieron transformaciones en esta historia. Desde los primeros contactos temerosos al intentar convivir con otras mentes, desde la búsqueda de un punto de apoyo para orientar ese camino (encontrándolo, como se sabe, en el análisis personal, en las teorías, en las supervisiones) hasta el momento de la libertad de hallarse dentro de cada sesión como en un universo en expansión, lo que podríamos llamar transformaciones de las vivencias transferenciales y contratransferenciales involucradas.¹

Sabemos que esas teorías se diversificaron en el decurso de la historia del psicoanálisis, principalmente la noción de contratransferencia que se refiere a la vivencia del analista dentro de la sesión.

* Panel 5: Conferencia presentada en el XVII Congresso Brasileiro de Psicoanálise y publicada en la *Revista Brasileira de Psicoanálise*, Vol. 32, n° 4, 1998, págs. 835-843. © cedido por la *Revista Brasileira de Psicoanálise*.

¹ Considero las nociones de transferencia-contratransferencia como las proyecciones del analizado en la figura del analista, así como la capacidad de éste de contener y trabajar esas proyecciones. Me baso en la teoría de la transferencia tal como fue enunciada por Freud, y principalmente en el desarrollo de Klein-Bion que establecieron los conceptos de “identificación proyectiva, la capacidad de *reverie* y continente” (ver ref. bibliográfica).

Puede ser vista como un obstáculo, algo que denuncia la “enfermedad” del analista, su punto ciego, su reacción personal donde debería existir una pantalla neutra; o ser vista como un elemento básico y necesario a partir del cual el analista es capaz de entrar en contacto con su paciente y, por el impacto que esto causa, orientarse en los procesos vigentes en el seno de una relación. La mente del analista sería como una cuerda vibrando al toque de las angustias emergentes proyectadas. En ese momento la neutralidad no se mantiene. Como participante activo del drama inaugurado por la transferencia, el analista es ubicado en un doble trabajo: siente y piensa simultáneamente para que sea posible, a través del enfrentamiento con el sentimiento vivido, contener dentro de sí y devolver más articulada, toda una gama de emociones que el paciente no puede elaborar. Es la capacidad de *reverie* que entra en escena. Continente de dolores arcaicos, debe poder descontaminar todo ese explosivo proyectado. Deberá privilegiar también la cualidad de comunicación que ese evento, que transcurre entre dos mentes, hace sobresalir: la identificación proyectiva no sólo como defensa, sino también como condición preliminar de la posibilidad de pensar.

El analista pues, siente a su paciente, se entrega a vivir el cúmulo de sus emociones, pero difícilmente puede sentirlo. Debe saber guiar dentro de sí mismo, ese sentimiento y transformarlo en un instrumento capaz de hacer resonar un diálogo más organizado, menos terrorífico, más transmisible. Finalmente, el analista debe poder pensar en el paciente para que no se produzca ni un cuadro confusional ni una empatía acogedora. A mi entender, esa transformación equivale a la posibilidad de construir, dentro de la relación analítica, un aparato capaz de pensarla, por los dos miembros del par. Es esta tarea, propia de la relación analítica, en el espacio creado por la búsqueda incesante de pensamiento, que mantiene tolerables los dolores, las desilusiones, los duelos necesarios para la conquista adecuada de la mente.

Todo esto es la historia del psicoanálisis; y fundamentalmente la historia de la vida psíquica como el psicoanálisis la describe. Es siempre la misma vieja historia de los orígenes del aparato mental hasta su posible existencia autónoma después de la lucha de lo que llamamos la necesidad de suplantarse el ligamen edípico. La evolución existe dentro de la condición humana, dentro de la relación analítica, dentro de las teorías disponibles, dentro de la mente del analista y de su paciente, a pesar de todos los obstáculos que impiden su realización, y que muchas veces parece paralizada o en regresión.

En esta búsqueda de una autonomía mental, pienso poder facilitarla dentro de la relación analítica, encarando esta relación como un lugar donde ocurre una doble escena:

a) una relación horizontal conocida comúnmente como transferencia, donde ocupo un lugar específico señalado por la fantasía del paciente;

b) una relación del paciente consigo mismo, espacio vertical, intrasubjetivo, donde mi presencia apenas asegura el *holding* necesario para sumergirse dentro de sí mismo, el diálogo interior que no podría suceder si fuera dejado a la deriva, por las angustias persecutorias involucradas.

En este momento me resulta evidente que la búsqueda de lo mental incluido en el diálogo interno del paciente es de importancia fundamental en el sentido de una finalización que va a poder resolver, de un solo golpe, el final de una transferencia y el término de un análisis. Se puede vislumbrar la importancia de ese hecho si consideramos los análisis de formación, que apuntan al desarrollo de un nuevo analista.

Dentro de una relación analítica, el encuentro del sí mismo sólo es posible si se deja un espacio de libertad que el analista debe saber reconocer para poder facilitar el tránsito interior de las vivencias de su paciente. Al final de este encuentro después de las transformaciones vividas, es esta aceptación de sus formas de funcionamiento mental las que van a permanecer cuando se disuelva el vínculo transferencial.

Por lo tanto, es de la percepción de ese punto de intersección entre la proyección del paciente en la figura del analista y su diálogo intrapsíquico, que el analista va a gestar la interpretación capaz de evidenciar la forma de funcionamiento mental existente en aquel momento. El discernir el lugar que está ocupando en la escena analítica será la tarea fundamental: a veces es sólo un coadyuvante capaz de poner nombre a las vivencias del paciente que en la turbulencia emocional es incapaz de alcanzar; otras, un coprotagonista depositario de las proyecciones y capaz de elaborarlas. Tenemos *in mente* traducir al paciente ya sea la naturaleza de sus sentimientos y emociones, o privilegiar la relación de objeto que eso promueve. En ambos casos, posibilitar que sean pensadas.

Siendo así, la contratransferencia no sólo va a responder a las relaciones transferenciales con sus fantasías proyectadas, sino también podrá captar y contener la originalidad de cada mente en la búsqueda del contacto consigo misma, con su universo mental y

corporal único. Considero que se trata del respeto a la condición humana, ya que sabemos cuán trastornada esta mente específica pueda estar y cuán difícil le es aproximarse a algo parecido a lo que llamamos el ser humano.

Esta tarea analítica no es fácil. Resulta fácil ser hablada, ser contada, ser escrita. No es fácil vivirla. Como en toda situación que comprende al conocimiento humano, es claro que el analista participa con los mismos privilegios y dificultades. Finalmente, el analista fue paciente en un momento. Podemos preguntar pues, ¿qué espacio de libertad hubo en los análisis de los analistas? ¿O cuánto de su originalidad fue respetada habiéndose transformado en placer de existir, de pensar, de conocer? ¿Cuántos pueden decir haber vivido el dolor de una separación y no la catástrofe melancólica de una pérdida de sí mismo? ¿O cuánto la sombra del objeto transferencial no cayó sobre su Yo?

¿Será que en este momento podemos colocar el sentimiento de malestar y de desarraigo que el psicoanálisis está viviendo? ¿Será que los analistas quedaron fijados a la fuerza del objeto transferencial dejando de lado la búsqueda de la originalidad del sujeto? Si así fuera, pienso que las angustias ahora vividas podrían resultar benéficas. No tengo respuesta a esas preguntas. Las dejo como hipótesis a ser verificadas.

Pero pienso que si el analista se transforma en el *setting*, se supone que alcanzó un grado de autonomía donde sería imposible permanecer inmóvil, sería imposible ser sólo el representante sumiso de una teoría vigente, científica, personal. Es preciso explorar.

Por otro lado, el indagar en el tema propuesto involucra un temor. Hasta dónde podemos llegar, parece apuntar al peligro de sobrepasarse, de adentrarse en territorios prohibidos que harían explotar los parámetros fijados. En fin, como si hubiera un temor a la pérdida de identidad.

Más aún, la investigación propuesta parece implicar hasta qué punto podemos cambiar sin dejar de ser los mismos. No se trata, en términos de teoría psicoanalítica, de cambios que implican la confrontación de las teorías ya articuladas; ahí parece existir desde algún tiempo, cierta acomodación de “ghettos” teóricos y que, fuera de algunos excesos preconceptuales, parecen convivir más o menos independientes unos de otros. Estos ya sufrieron los dolores de originalidad pero, extrañamente, se complacen con seguidores fieles. La angustia se mantiene en los que exploran todas las posibles

articulaciones del pensamiento, buscando la síntesis capaz de reiniciar el proceso dialéctico.

En la actualidad, más que a la multiplicidad de propuestas teóricas, lo que se teme es que la identidad del analista se desintegre, y con ella, la práctica psicoanalítica. Por lo tanto la propuesta de hasta dónde podremos llegar tiene un carácter paradójico: cambiar sin dejar de ser el mismo. Parece una propuesta semejante a lo que cada paciente nos hace al buscar un análisis: “soy este ser aterrorizado ante un sufrimiento, pero también aterrorizado por la posible interrupción de este sufrimiento porque si cambiara no podría reconocerse”. Aquí estaríamos, dentro del imaginario, en el registro de las mutaciones y no de las transformaciones. ¿Tendríamos libertad de ser mutantes? ¿Y mutantes y analistas? ¿Hay necesidad de limitaciones? ¿Hay realmente un lugar adonde no podremos llegar, como si eso implicase la pérdida del psicoanálisis, como si el psicoanálisis no fuese, por su carácter interno, el producto inalienable de la experiencia vivida?

Estamos hablando pues, de la condición de posibilidad de una transformación. Estamos hablando de la posibilidad de “originalidad”, de “individualidad”, del concepto mismo de “identidad”. Estamos dentro del momento trágico de percepción del sí mismo como algo único dentro de la pluralidad de los humanos. Es lo que para mí inaugura la coherencia interna, el hacerse a sí mismo, el hacerse analista. Práctica temida, con todo, si la pregunta inicial es el “hasta dónde podemos llegar”.

Tenemos que suponer que las mutaciones posibles involucrarían el peligro de despersonalización psicótica. Entonces estaríamos hablando de una sutil diferencia del significado de las transformaciones que implicarían, en su límite, la diferencia entre la individualidad creadora y la destrucción mental, psicótica, de un aparato incapaz de contenerla. Es imposible decidir el destino de antemano. Nos vamos a adentrar en el área de la confiabilidad en psicoanálisis.

¿Dónde la encontramos? Si pensamos en términos de conocimiento psicoanalítico, sería cómodo suponer que después de cien años de psicoanálisis hubiese un consenso. Sabemos que no es así. El desarrollo del pensamiento psicoanalítico no siempre es visto como recortes de contribución para el esclarecimiento del enigma de la psique. La mayoría de las veces cada articulación teórica se apropia de su objeto de tal manera que la teoría deja de ser un discurso sobre el ser humano para transformarse en él mismo, imaginándolo como

un sistema siempre inmutable, sin las brechas para una nueva concepción. Sería un momento semejante a la fantasía edípica donde la mente busca realizar la posesión imposible, ya que las figuras parentales con su existencia independiente se van a ofrecer a otros encuentros necesarios, sometiéndola a una renuncia estructurante.

Tal como podemos ver en estos cien años de teoría, la psique humana se rehusa a una sola explicación, a una sola posición. Los sistemas que la piensan se suceden y esclarecen algún aspecto de su funcionamiento desde su punto de vista. Poder acompañarlos es un ejercicio de tolerancia.

Vamos a partir de otro vértice. Voy a proponer un analista acompañado de sus cien años de soledad, si así quisiéramos llamar el momento de transformación, el momento de tornarse continente de sus propias fantasías primitivas y verterlas en el idioma corriente de una nueva identidad más abarcativa. Es hacer el duelo, desligarse de los antiguos lazos y abrirse a nuevas experiencias sin expectativas ilusorias. Es, a mi entender, un salto cualitativo.

Dejo aquí abierto para futuras reflexiones, el tiempo que esto demanda dentro de un análisis específico. ¿Sería posible determinar de antemano un tiempo real de análisis para que ocurra o no, la adhesión a este salto cualitativo? ¿Estaríamos contribuyendo a una nueva transformación de la práctica psicoanalítica o desfigurando su contribución específica? Finalmente, el paciente puede tener la libertad de permanecer en su espacio ya conocido. ¿Evitaríamos el tiempo que parece interminable de largos análisis? ¿Sería una violencia, o un respeto a una libertad individual ya adquirida? Seguir adelante y profundizar en una u otra modalidad de sí mismo, puede requerir del analizado un largo tiempo de despedida. El tiempo de madurez es una larga conquista. ¿Sería más útil dejarlo a solas para su elaboración? ¿Sería éste el tiempo articulado por Freud como aperturas para reanálisis?

Por lo tanto, ser psicoanalista va a implicar apropiarse lentamente no sólo del precipitado de sus contenidos mentales, sino también del proceso que lo hace posible. Figura condensada de toda su historia, puedo ver al analista como un espacio virtual para cualquier transformación posible, estableciéndose así su condición de guía para las nuevas asociaciones de análisis. Pienso que si así no fuera, cada paso analítico se deslizaría para el analista, no en el cuidado necesario de los cambios posibles, sino en el terror sin nombre de una ignorancia avasalladora.²

De llegar a existir este momento, cualquiera sea el carácter que asuma para una determinada psique, es lento y peligroso. Cada analizando desea llegar a él, al mismo tiempo que alejarse. Es el momento de ser todo lo que fue vislumbrado a través de la palabra. Es el compromiso que eso ocasiona. Es el momento en que la individualidad se va a revelar en el quehacer psíquico. Es un salto psíquico.

Todo eso puede perder su carácter integrador y transformarse en una fragmentación en el caso que el analista no pueda avalar, por su responsabilidad, este proceso creativo. Es la meta, en mi forma de ver, de la formación de analistas. Es lo que le da sentido. Pienso hablar aquí de la confiabilidad del psicoanálisis, de su práctica, de su propuesta de ser una segunda chance para el destino de los estados psíquicos.

Se ha hablado mucho de la validez del psicoanálisis, de la coherencia de sus premisas, de su inserción en las corrientes científicas, hasta de las dudas acerca de si se trata de una ciencia o un arte. Quiero hablar de algo más simple, quiero hablar de aquella corriente anímica que lleva a alguien a querer proponer a otros, un proceso en el cual él colocó su confianza. Algo como el deseo de continuación de la especie. Sin promesas ilusorias, sin fantasías. Sólo porque también es preciso vivir.

Voy a hablar de la formación en psicoanálisis como una filiación que ocurre como un hecho predeterminado, tal como lo es para un niño. Vivir en determinado lugar, seguir éste o aquel curso profesional, encontrar ésta u otra corriente teórica o éste u otro analista lleva a pensar en los primeros momentos de encuentro con el psicoanálisis semejantes a los que Piera Aulagnier postula para el niño, que tiene su contacto con el mundo a través de la figura materna.³ Es ésta quien establece el contrato de ese niño con lo social, un pacto primitivo al cual el bebé tiene que someterse porque es lo único en ese momento capaz de articularlo con la vida. Y el bebé no tendría otra alternativa sino confiar, en el caso que pudiera observarse en su desamparo. Es

² Señalamos aquí un paralelo con el enunciado de Bion sobre el temor de aniquilamiento de la mente. El modelo es el de un analista que se siente invadido por un terror inminente de pérdida de su identidad de analista en el caso de que no pueda elaborar las transformaciones propias de su originalidad dentro de su habitat institucional (Bion, W. R., 1980).

³ Hago un paralelo entre la formación del analista y la constitución de la psique teniendo en cuenta el capítulo IV "El espacio al que el Yo puede advenir" (Aulagnier, P., 1979).

lo que Aulagnier llama violencia de interpretación, necesaria en este momento, porque si la madre no hiciera de intérprete de la relación con el mundo, el bebé estaría instalado en un caos, un vacío psíquico, una alienación mental.

Este momento tiende a estratificarse a través del tiempo, si suponemos una madre suficientemente buena, este núcleo se va a articular con nuevas visiones del mundo —la figura paterna— poniendo en movimiento el destino del individuo a través de la problemática edípica y de su consecuente inserción en lo social. En caso de que esto no ocurriera, quedaríamos eternamente presos en la palabra del otro.

En nuestra analogía con la formación psicoanalítica, podemos suponer que el analista, a través de una búsqueda intensa y extensa de sí mismo, a través de una intensa y extensa convivencia con otros (análisis, estudios teóricos diversificados, supervisiones) pueda en determinado momento y como consecuencia de su perseverancia, ser el escenario de esa transformación radical que, o lo torna dueño de su discurso o se revela en lo que llamo autenticidad yoica. Este momento analítico donde algo fue encontrado, algo se agregó, algo se perdió, algo se arregló, algo fue esclarecido, corresponde a un nuevo nacimiento y al mismo tiempo una adhesión a una sabiduría indefinida. Es la autenticidad autovalidada por la comprensión de la dinámica psíquica. Es a lo que tiende cada analista al iniciar un análisis, procurar conducir a su paciente a través de los infiernos y paraísos fantaseados. Aquí también considero como problemática a ser desarrollada en relación a los Institutos de psicoanálisis que son responsables de la formación, que sean capaces de proporcionar las diversas y amplias corrientes de pensamiento, abriendo para sus candidatos un espacio de libertad creativa. Se ve muchas veces ataques casi crueles a los esbozos de elaboración autónoma, ya sea en la línea teórica o en la clínica. Lo que debería ser orientación y compañía se transforma en proselitismo.

Pienso en el analista en cada nuevo análisis que asume, pienso en el psicoanálisis, cien años después rehaciendo sus realizaciones y sus promesas. Pienso en los seres humanos en el umbral de un milenio intentando vencer sus angustias de siempre y buscando siempre y desesperadamente un antídoto milagroso. No hay milagros. Siempre se atravesarán las transformaciones posibles para el difícil encuentro con la originalidad yoica.

Llego hasta donde puedo llegar. Anclada en este punto, considero fundamental en la relación analítica, facilitar y participar de ese

acontecimiento promoviendo ese encuentro personal por la escucha del diálogo interno del paciente. Así también entro en contacto con las nuevas teorías psicoanalíticas. Ellas atestiguan la originalidad del pensamiento formando nuevos escalones que conducirán a una mejor comprensión del aparato psíquico. Sé que esto se escapa de cualquier posibilidad de aprisionamiento, tal como ocurre con otros objetos de conocimiento. La mente está ahí para ser pensada, conocemos los movimientos de las piezas, conocemos algunas jugadas y sus variantes, pero permanece la invariancia del juego. Es el juego de la vida. Y la búsqueda de su conocimiento no puede ser detenida, a no ser que volviéramos a temer, tal como en el inicio de un análisis, que las transformaciones sean realmente mortíferas. Tal vez sea esa la fantasía a ser perdida, o la enfermedad a ser curada, o la ignorancia a ser esclarecida, en fin, lo que era Ello que sea Yo.

Todavía falta preguntar qué tiene que ver todo eso con el milenio, con el hombre, con las expectativas de nuevos enigmas que se le plantean al psicoanálisis, que es el tema de este Congreso.

Adaptados al *fin-du-siècle* pasado, ¿cómo viviremos este primer aniversario secular? De la riqueza de las teorías no precisamos temer nada. Son innumerables los acontecimientos que agitan el pensamiento psicoanalítico. El psicoanálisis existe y está logrando permanecer con autenticidad en su proyecto de conocimiento de la vida psíquica. Si la frustración y la culpa están en la base de la creación de la civilización, si la renuncia pulsional es necesaria para la convivencia, es evidente que un saber que las explicita contribuirá, cada vez más, a entender sus manifestaciones. Este saber ya influyó en las corrientes de pensamiento de este siglo y encuentra su lugar en las tesis de diferentes disciplinas. ¿Y su práctica? ¿El origen mismo de este saber? ¿Habrá alguien que ha de querer saber sobre eso? ¿Cómo podrá sobrevivir el psicoanálisis si la práctica que instaura una nueva “génesis” se diluye o se deshace? ¿Cómo realimentar y profundizar sus teorías? El psicoanálisis vive y está indisolublemente ligado al deseo de nuevas filiaciones. A eso tienden los psicoanalistas tal como la especie tiende a desear sus descendientes. ¿Sería posible que fuera de otra manera? Creo que no. Pero generar hijos de un saber internalizado no es tan simple. Va a estar en juego la creatividad de los analistas en proponer esta búsqueda personal. Y dejar vivir dentro de sí, este deseo por el hijo original, por el otro individualizado, creador de sí mismo y de su cultura.

¿Tendría esta psique un espacio en el mundo que se presenta? ¿La

civilización de masas, la dictadura de los medios, la despersonalización de las comunicaciones informatizadas dejarán existir a alguien con voluntad de existir?

Es la respuesta que cada analista debe conseguir. Tal vez llegue un momento en el que la tarea de ser analista implicará la concordancia consigo mismo sin que ninguno más quiera saber de eso. Con todo, es esta posibilidad misma de vida interior que la testimonia como un saber fructífero. No me parece que el ser humano vaya a desistir de esa conquista tan fácilmente. Si un *Big Brother* automatizado no domina todas las selecciones, habrá siempre aquel único que redescubrirá el mundo. Los científicos de la década de los 50 de este modo consideraban con lirismo sus disciplinas, llevados tal vez a intuir el alcance de sus investigaciones y temer el futuro que podrían ocasionar. El existir en el futuro dependerá de la originalidad de todos nosotros. Esta es la tarea del psicoanálisis. Que cada analista la inaugure dentro de sí, es la esperanza que podemos mantener. Si así no fuera sería porque Tanatos habrá vencido.

BIBLIOGRAFIA

- AULAGNIER, P. (1979) *A violência da interpretação*. Rio de Janeiro: Imago.
- BION, W. R. (1980) *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- ENGEL, J. V. (1997) O psicoanalista, a psicoanálise e o seu lugar. *Rev. Bras. Psicanal.* 31, 1, 73:88.
- FERRARI, A. (1982) Relação analítica: sistema ou processo? *Rev. Bras. Psicanal.* 16, 3:335-63.5.
- (1995) *O eclipse do corpo*. Rio de Janeiro: Imago.
- FERRARI, A. & STELLA, A. (1998) *L'alba del pensiero*. Roma: Borla.
- FREUD, S. (1917-1919) Linhas de progresso na terapia psicoanalítica. *E. S. B.*, vol 17. Rio de Janeiro: Imago.
- (1937) Análise terminável e interminável. *E. S. B.*, vol. 23. Op. cit.
- GARDINER, M. (org) (1983) *El hombre de los lobos por el hombre de los lobos*. Buenos Aires. Nueva Visión (Los casos de Sigmund Freud, 1).
- HEIMANN, P. (1950) Sobre a contra-transferência. *Revista de Psicanálise da SPPA*. Porto Alegre 2 (1): 171-6, 1995.
- HINSHELWOOD, R. D. (1992) *Dicionário do Pensamento Kleiniano*. Porto Alegre: Ed. Artes Médicas.

- KLEIN, M. (1952) As origens da Transferência. *Obras Completas*. Rio de Janeiro. Ed. Imago.
- ROUANET, S. P. (1997) Mal-estar na modernidade. *Rev. Bras. Psican.* 31 (19: 9-3).

Traducido por Delia Faigón.

Myrna Pia Favilli
Rua João Moura, 647/41
Pinheiros
São Paulo - SP
Brasil